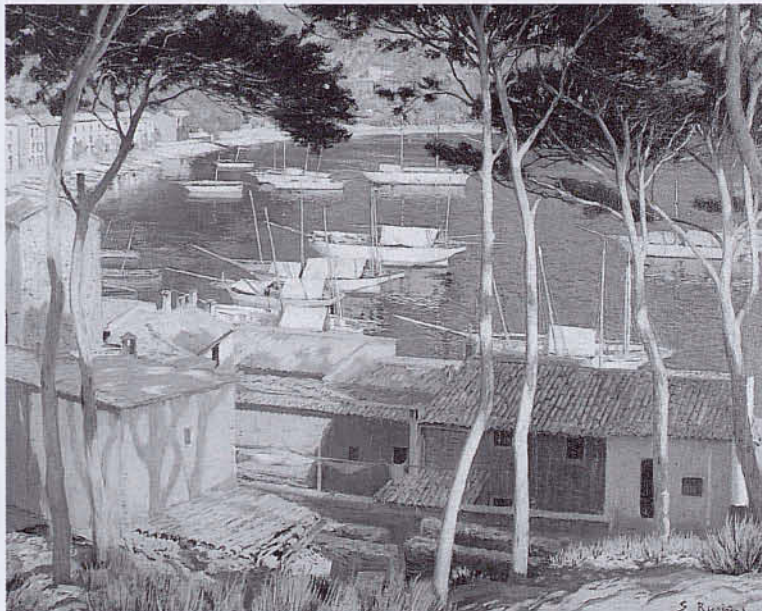


EL PAISAJE MEDITERRÁNEO EN LA PINTURA CATALANA

EN LA HISTORIA DE LA PINTURA CATALANA, EL PAISAJE, ENTENDIDO COMO GÉNERO INDEPENDIENTE, SE DESARROLLA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX, CUANDO SE INTRODUCE LA PINTURA AL AIRE LIBRE.

MARIE-CLAIRE UBERQUOI CRÍTICO DE ARTE



SANTIAGO RUSIÑOL, PORT DE SÖLLER (100 x 127)

La atracción del Mediterráneo sobre los artistas en general y sobre los paisajistas en particular, tanto autóctonos como foráneos, se ha convertido en un tópico que ha dado origen a múltiples interpretaciones, motivadas por los cambios de gustos y de modas y por la propia evolución del arte. En la historia de la pintura catalana, el paisaje, entendido como un género independiente, se desarrolla esencialmente en la segunda mitad del siglo XIX cuando, bajo la influencia de la Escuela de Barbizon y del Impresionismo parisino, se introdujo la pintura al aire libre. Visto desde una perspectiva histórica, el paisajismo catalán se ha manifestado como una producción rica

y, a veces, brillante, pero poco revolucionaria si exceptuamos las visiones de *Horta de Sant Joan* de Picasso (1909) o las evocaciones dalinianas del cielo ampurdanés (1928-35). Recordemos que es preciso esperar el regreso de Casas y Rusiñol de París, en los últimos años del siglo pasado, para que la pintura catalana pueda liberarse del peso de la tradición académica.

En Cataluña, el paisaje comienza a adquirir cierto protagonismo en las obras de Antoni Viladomat (1678-1755), aunque de un modo indirecto, pues podríamos considerarlo más bien como un decorado. Ya en el siglo XIX Pau Rigalt (1778-1845) contribuye a darle una mayor independencia en un contexto do-

minado por el romanticismo. Aunque Marià Fortuny Marsal pintó en Italia vistas de playa en 1874 pocos meses antes de su muerte, las marinas no dejan de constituir una excepción en su obra. Uno de los principales introductores del paisaje en Cataluña es Ramon Martí i Alzina (1826-1894), que bajo la influencia de Courbet elaboró cuadros de inspiración rural y marítima con un tratamiento realista que, a veces, adquirió un carácter épico. El tema del mar se convertirá, por primera vez, en una preocupación central en la obra de Modest Urgell (1830-1919); alumno y admirador de Martí i Alzina, Urgell es autor de marinas rodeadas de una luz tenue, contempladas en silencio desde



FRANCESC GIMENO I ARASA, AIGUABLAVA



PICASSO, FÀBRICA DE L'HORTA DE SANT JOAN



JOAN LLIMONA I BRUGUERA, COSTA DE VILASSAR



JOAN MIRÓ, LA MASIA (MONT-ROIG, 1922)

una perspectiva teñida todavía de romanticismo.

Dejando a un lado a los pintores de la Escuela de Olot, que evocaron un paisaje de brumas y más bien bucólico, es preciso esperar la generación nacida a mediados del siglo XIX para que los artistas comiencen a estudiar y a exaltar los valores de la luz mediterránea. En este sentido resulta muy representativa la Escuela Luminista de Sitges, encabezada por Joan Roig i Soler (1852-1909) y Arcadi Mas i Fontdevila (1852-1934) que immortalizaron numerosos lugares de la costa en cuadros donde hacen vibrar con toda su intensidad el mítico azul del Mediterráneo. La villa de Sitges, pueblo natal de Joaquim Sunyer (1874-1956) –destacada figura del paisaje novecentista–, fue un lugar privilegiado por los artistas de la época modernista, como Eliseu Meifrén (1859-1940) y Santiago Rusiñol (1861-1931). Influido por el luminismo suburense, Meifrén dedicó gran parte de su obra a temas marítimos, y Cadaqués fue uno de sus escenarios predilectos. Sensible al elemento humano, Meifrén no limitó

su interés exclusivamente al paisaje sino que, a menudo, se dedicó a captar la vida cotidiana de los pescadores, un aspecto que sedujo también a su colega Dionís Baixeras (1862-1943).

Por lo que a Santiago Rusiñol se refiere, fue junto a Ramon Casas (1866-1932), el instigador de una revolución pictórica en Cataluña que no sólo afectó al paisaje sino a todos los géneros. Ambos artistas habían conocido de cerca el impresionismo parisino, que difundieron ampliamente en nuestro país. Casas fue sin duda el artista más dotado e innovador del modernismo; sin embargo abordó esencialmente vistas urbanas, tratadas con una luz más parisina que mediterránea. Rusiñol, en cambio, concedió mayor importancia al paisaje, desde los suburbios de Montmartre hasta los jardines de Aranjuez, pasando por Sitges, Valencia, Gerona, Mallorca y Granada. Aunque en su casa del Cau Ferrat de Sitges disponía de un inmejorable balcón sobre el Mediterráneo, los temas marítimos no son muy abundantes en su obra si exceptuamos un cuadro de juventud, *El port de Barcelona* (hacia

1875), hoy propiedad del Museo de Arte Moderno del Parque de la Ciudadela de Barcelona. El artista prefería pintar patios o perspectivas de parques y jardines con un estilo que fue evolucionando desde un naturalismo sutil hasta un simbolismo más realista y académico.

Coincidiendo con el modernismo, el descubrimiento de Mallorca ejerció una poderosa fascinación sobre los artistas catalanes. Santiago Rusiñol pasó allí una temporada en la última etapa de su carrera, y pintó vistas tranquilas de puertos mallorquines bastante convencionales si se comparan con sus cuadros de la época parisina.

Ricard Canals (18756-1931) también se dejó seducir por la contrastada belleza de la isla balear; pero los dos artistas que immortalizaron de modo más brillante los paisajes mallorquines son Anglada Camarasa (1871-1959) y Joaquim Mir (1873-1940). Instalado en el puerto de Pollença, en 1914, Anglada Camarasa, alejado de las vanguardias, practicó un decorativismo exuberante por medio de un cromatismo brillante que exalta



JOAQUIM MIR, REFLEXOS (MALLORCA)

el carácter idílico de Mallorca. Joaquim Mir, uno de los paisajistas más destacados de la pintura catalana, realizó en Mallorca, entre 1900 y 1903, algunos de sus mejores cuadros, en los que el sutil trabajo de los colores y las transparencias confiere un carácter mágico y surreal al paisaje. Estas obras corresponden a la parte más interesante de su itinerario artístico, que evolucionó hacia un postimpresionismo más anodino. A comienzos del siglo XX y antes de emprender la aventura cubista, Picasso había pintado algunas vistas de las azoteas de Barcelona y algunos cuadros de tema marítimo como el óleo *Mediterráneo* (hacia 1901) recientemente expuesto en la antológica del Modernismo; el artista utiliza un azul intenso que anuncia el fauvismo. Las corrientes vanguardistas surgidas en las primeras décadas del siglo no tienen repercusión directa sobre el paisajismo catalán, aunque poblaciones de la Cataluña del norte, como Ceret y Collioure, fueron escenarios frecuentados por fauvistas y cubistas. Sin embargo, haremos especial mención de las vistas de *Horta de Sant*

Joan en las que Picasso plasma, en 1909, de forma sorprendente los planteamientos del cubismo, inspirándose en la arquitectura geometrizable del pueblo. El fenómeno se reproduce al año siguiente, cuando el genio malagueño pasa por Cadaqués y acentúa el carácter abstracto de sus composiciones, como se ve en la obra *El guitarrista* (1910). Durante la segunda década del siglo XX, el paisajismo catalán experimenta cierto repliegue hacia los valores genuinos de la tierra que dará lugar a la eclosión del Novecentismo, la tendencia que mejor expresará la mitificación del "mediterraneanismo" en obras de carácter amable y gozoso. Xavier Nogués, en *Paisaje de la costa* (1915), dominado por un azul transparente y pálido, ofrece un ejemplo muy representativo. Pero el artista que mejor plasma la visión idílica del novecentismo es Joaquim Sunyer que, bajo la influencia de Gauguin, evocará en sus óleos como *Mediterráneo* (1910-1911) el universo armonioso y paradisíaco propio de los mares del Sur.

La herencia mediterránea pesó mucho

en toda la creación de Joan Miró, que en los años de formación se inspiró en el pueblo catalán de Mont-Roig para hacer unos paisajes rurales de un realismo preciso y detallista. La obra más sorprendente en relación con este tema es la célebre *Masía* (1921-22), de gran complejidad iconográfica que la convierte en un cuadro mítico de la producción mironiana poco antes de iniciar la etapa surrealista.

La evolución posterior de la pintura de paisaje que cuenta con numerosos adeptos como Gimeno, Mercader, Mompou i Raurich, entre otros, no presenta excesivas novedades y se inscribe en una línea de continuidad de una tradición ecléctica. La única aportación original es la irrupción del paisaje surrealista en las obras de Salvador Dalí de los años 1928-1935, donde la visión del Ampurdán y del cabo de Creus adquiere una dimensión metafísica. Esta manera de sentir el paisaje ampurdanés será recogida con menor intensidad por otro surrealista, el pintor Angel Planells, fiel seguidor de la obra daliniana. ●